

rfa. Así preparan un pretexto para descargar sobre nosotros la espada imperial, y extinguir completamente la vida nacional de Judea. Tú quieres una revolución para ahogarla en sangre, y presentarte ante César como soldado victorioso y administrador sabio, digno de un Proconsulado ó de un gobierno de Italia. Nosotros estamos en paz con César y cumpliremos nuestro deber, condenando al hombre que se levantó contra César... ¿Tú no quieres confirmar el tuyo confirmando esta condena? ¡Bien! Mandaremos emisarios á Roma para que lleven nuestra sentencia y tu negativa. Salvando ante el César nuestra responsabilidad, mostraremos á César como procede en Judea aquel que representa la ley del Imperio... Y ahora, Pretor, puedes volver al Pretorio.

Poncio frunció las cejas é inclinó la frente. César, desconfiado y siempre inquieto, tal vez sospecharía un pacto entre él y aquel Rey de los Judíos. ¡Tal vez su justicia y su orgullo en mantenerla le costasen el proconsulado de Judea! Llegó lentamente hasta el umbral de la puerta, y abriendo los brazos, conmovido por un impulso magnánimo de conciliación, comenzó á decir:

—Hace siete años que gobierno Judea. ¿Cuándo me habéis encontrado injusto ó infiel á las promesas juradas?... Ciertamente que vuestras amenazas no me conmueven... César me conoce bien... Pero, entre nosotros, para provecho de César no debe haber desacuerdos. ¡Siempre os hice concesiones! Más que ningún procurador desde Coponio he respetado vuestras leyes...

Dudó un momento: después, frotándose lentamente las manos y sacudiéndolas como mojadas en un agua impura, continuó:

—¿Queréis la vida de ese visionario? ¿Qué me importa? Tomadla... ¿No os basta la flagelación? ¿Queréis la cruz? ¡Crucificadlo!... ¡Pero no soy yo quien derrama esa sangre!

Un Levita macilento clamó con pasión:

—Somos nosotros y que esa sangre caiga sobre nuestras cabezas.

Algunos se estremecieron: creían que todas las palabras tienen un poder sobrenatural y hacen reales las cosas pensadas.



Poncio abandonó la sala: el decurión saludando cerró la puerta de cedro. Entonces el Rabí Robám volvióse sereno, resplandeciente, como un justo: adelantando por entre los fariseos, que se inclinaban para besarle la orla de su túnica, murmuraba con grave dulzura:

—Antes sufra un hombre que un pueblo entero.

Al salir vimos un grupo de hombres rudos que llenaba el viejo atrio de Herodes. Llevaban sobre los hombros capas cortas de estameña, sucias de polvo como si hubiesen servido de tapices sobre las losas de una calle. Algunos traían balanzas en las manos y jaulas de tórtolas; las mujeres que los seguan, sórdidas y macilentas, lanzaban maldiciones contra Jesús. Otros, caminando en la punta de las sandalias, pregonaban en voz baja las cosas ínfimas ó ricas que llevaban ocultas entre los dobles de sus sayos: granos de arena tostada, brazaletes, corales y ungüentos. Interrogué á Topsius; mi sabio amigo, limpiándose los anteojos, me explicó que eran los mercaderes contra quien Jesús, la víspera de Pascua, alzando su báculo, había reclamado la estrecha aplicación de la Ley que prohibía tráficos profanos en el templo, fuera de los pórticos de Salomón.

—Otra imprudencia del Rabí, don Raposo—murmuró con ironía el agudo historiador.

Mientras hablaba Topsius reparé en un viejo flaco, que clavaba en nosotros humildemente sus ojos nublados, llenos de tristeza y de cansancio. Compadecido iba á darle una moneda de plata, de los Ptolomeos, cuando el viejo, hundiendo la mano trémula entre los harapos que apenas le cubrían el pecho velludo, me alargó con una sonrisa pedigrüña una piedra que relucía. Era un óvalo de alabastro, con la imagen del templo toscamente

labrada. Mientras Topsisius la examinaba doctamente, el viejo fué sacando otras piedras semejantes. Topsisius dedujo que el viejo era uno de aquellos Guebros, adoradores del fuego y hábiles en las artes, que van descalzos hasta el Egipto para salticar sobre la esfinge la sangre de un gallo negro.

El viejo negó horrorizado. Después, tristemente, murmuró su historia. Era un cantero de Naim que trabajara en el templo y en las construcciones que Antipas Herodes erguía en Bezetha. Los azotes de los capataces rasgaran su carne: después las enfermedades le robaron las fuerzas. Ahora, sin trabajo, con los hijos de su hija á quien alimentar, buscaba piedras raras por los montes y grababa en ellas nombres santos, sitios santos, para venderlas á los fieles en el templo. Por su desgracia, en vísperas de Pascua había llegado un Rabí de Galilea, lleno de cólera, que le arrancara su pan.

—¿Entonces vendías en el Templo?—preguntó el historiador de los Herodes.

—Sí,—suspiró el viejo.—Era de esa manera como mantenía á mi hija y á mis nietos. Los días de fiesta subía al Templo, ofrecía mi plegaria al Señor y delante del pórtico del Rey, al pie de la puerta de Suza, extendía mi estera y exponía mis piedras que brillaban al sol... Ciertamente no tenía derecho para poner allí mi tienda... Pero soy pobre y los que pregonan á la sombra bajo los pórticos, allí donde lo permite la ley, son mercaderes ricos que pueden pagar el lugar que ocupan: algunos pagan un siclo de oro. Yo no podía, con los nietos en casa, sin pan... Por eso quedaba á un lado, fuera del pórtico, en el peor sitio. Allí me estaba encogido y silencioso sin quejarme siquiera, cuando algunos hombres fuertes me empujaban ó me daban con los bastones en la cabeza. A mi lado había otros tan pobres como yo: Eboim de Joppé, que ofrecía un aceite para hacer crecer el cabello, y Oseas de Ramah, que vendía flautas de barro. Los soldados de la torre Antonia que hacen la ronda, pasaban á nuestro lado como si no nos

viesen. Hasta Menahem, que estaba casi siempre de guardia por la Pascua, nos decía:

—Os dejo estar ahí, con tal que no pregonéis alto.

Todos sabían que éramos pobres y que no podíamos pagar al Templo un lugar donde la ley autoriza las ventas. Mas he ahí que hace días ese Rabí de Galilea apareció en el Templo. Lleno de palabras de cólera, alzó el bastón sobre nosotros, clamando que aquella era la casa de su padre y que nosotros la manchábamos... Dispersó todas mis piedras, que nunca más volví á ver y que eran mi pan. Rompió en las losas los vasos de aceite de Eboim de Joppé, que, asustado, ni siquiera osaba gritar. Tuvimos que huir, entre los insultos de los mercaderes ricos, que habían pagado y batían palmas al Rabí. ¡Ah, contra aquellos el Rabí no podía decir nada! Eran ricos y habían pagado... ¡Yo ahora aquí ando! Mi hija, viuda y enferma, no puede trabajar, acurrucada en un rincón, entre harapos; los hijos de mi hija son pequeños, tienen hambre, miran hacia mí; pero me ven tan triste que no lloran.

Calló y sus manos flacas temblaban, limpiando las lágrimas que rodaban por sus mejillas. Me golpeé el pecho desesperado. Toda mi angustia era por ignorar Jesús aquella desgracia, que, en la violencia de su espiritualismo, habían creado sus manos misericordiosas, como la lluvia benéfica que hace crecer los sembrados, mata á veces una flor aislada. Entonces, para que no hubiese nada imperfecto en la vida de Jesús, ni quedase aquella queja en la tierra, pagué su deuda (así su Padre me perdona la mía) echando sobre el sayal del viejo dracmas, crysos griegos de Filipos, áureos romanos de Augusto, hasta una gruesa pieza cirenaica que yo estimaba por tener una cabeza de Zeus Amnón que parecía mi imagen. Topsisius juntó á este tesoro una leptá de cobre, que tiene en Judea el valor de un grano de maíz. El viejo cantero de Naim, con el dinero en un doblez de su sayo, bien apretado contra el pecho, murmuró tímida y religiosamente alzando los ojos todavía húmedos:

—¡Padre que estás en los cielos, acuérdate de la faz de este hombre, que me dió el pan de largos días!

X sollozando perdióse entre la turba.

*

Entre un brillo de armas, surgieron nuevamente las varas blancas de los lictores. Poncio, pálido y pesado, volvió á ocupar el asiento Curul. Reinó silencio tan profundo, que se oyeron las bocinas que tocaban á lo lejos en la torre Mariana. Poncio Pilatos, con una dignidad indolente, alzando levemente el brazo desnudo, confirmó en nombre de César la sentencia del Sanhedrin que juzgaba en Jerusalem...

Los fariseos triunfaban. Junto á nosotros, dos muy viejos se besaban en silencio las barbas blancas; otros agitaban en el aire los bastones, ó lanzaban sarcásticamente la exclamación forense de los romanos: *«Bene et belle. Non potest melius!»*

Pero de pronto el intérprete apareció encima de un escabel, ostentando sobre el pecho su papagayo flamante. La turba enmudeció sorprendida. El fenicio, después de haber consultado con el escriba, sonrió y gritó en caldeo alzando los brazos cargados de pulseras de coral:

—¡Escuchad! En esta vuestra fiesta de Pascua, el Pretor de Jerusalem acostumbra, desde que Valerio Grato así lo determinó, con el beneplácito de César, perdonar á un criminal... El Pretor os propone el perdón del Rabí... ¡Escuchad todavía! Vosotros tenéis también el derecho de escoger entre los condenados. El Pretor tiene en su poder, en los calabozos de Herodes, otro sentenciado á muerte...

Dudó y de nuevo consultó con el escriba. Luego, volviéndose á la multitud, gritó con la faz risueña:

—Uno de los condenados es el Rabí Jeschoua que aquí tenéis y que se dice hijo de David... Ese es el que propone el Pretor... El otro, endurecido en el mal, fué preso por haber dado muerte

traidoramente á un legionario en una rifa cerca de Xistus. Su nombre es Bar-Abbás. ¡Escoged!

Un grito brusco y enronquecido partió de entre los fariseos:

—¡Bar-Abbás!

Y después por el atrio, confusamente, fué resonando el nombre de Bar-Abbás. y un esclavo del templo, de sayal amarillo, llegando hasta las gradas del solio, rompió á gritar enfrente de Poncio:

—¡Bar-Abbás! ¡Oye bien! ¡Oye bien! ¡Bar-Abbás! ¡El pueblo sólo quiere á Bar-Abbás!

El cuento de una lanza le hizo rodar por las losas. Pero ya toda la gente gritaba:

—¡Bar-Abbás! ¡Bar-Abbás!

Casi nadie conocía allí á Bar-Abbás. Muchos, ciertamente, tampoco odiaban al Rabí; sin embargo engrosaban el tumulto porque sentían, en aquella reclamación del preso que atacara á los legionarios, un ultraje al Pretor romano, togado y augusto en su tribunal. Poncio, entre tanto indiferente al vocerío de aquella turba, escribía en una gran hoja de pergamino posada sobre sus rodillas. En torno los clamores ya disciplinados resonaban en cadencia como mazos en una era:

—¡Bar-Abbás! ¡Bar-Abbás!

Entonces Jesús lentamente volviése hacia aquel populacho duro y revoltoso que le condenaba: en sus ojos refulgentes y húmedos, en el fugitivo temblor de sus labios, sólo apareció en aquel momento una tristeza misericordiosa por la inconsciencia de aquellos que así empujaban hacia la muerte al amigo de los hombres... Con las manos atadas limpióse una gota de sudor: después quedó ante el Pretor, mudo é inmóvil, como si ya no perteneciese á este mundo.

El escriba, batiendo con una regla de hierro en la mesa de piedra, impuso silencio tres veces en nombre de César. El tumulto ardiente agonizaba. Poncio se levantó: sereno, sin demostrar impaciencia ni cólera, elevó la mano pronunciando el mandato final:

—¡Id, y crucificadlo!

Descendió del estrado; la turba batía ferozmente las palmas. Ocho soldados de la cohorte siriaca aparecieron, apretados en marcha, con los escudos revestidos de lona. Sareas, miembro del Sanhedrín, tocando en el hombro á Jesús, se lo entregó al decurión; un soldado le aflojó las cuerdas, otro le estiró el albornoz de lana; yo ví al dulce Rabí de Galilea dar su primer paso hacia la puerta.

Apresurados, liando un cigarro, dejamos el palacio de Herodes. Salimos á una calle sombreada por el muro de un jardín plantado de cipreses. Dos dro-medarios, echados en el polvo, rumiaban sobre un haz de hierba. El alto historiador tomaba ya el camino del Templo, cuando, bajo las ruinas de un arco cubierto de hiedra, vimos que alguna gente se agrupaba en torno de un esenio, cuyas mangas de albo lino batían el aire como las alas de un pájaro irritado. Era Gad, ronco de indignación, clamando contra un hombre de barba rala y rubia, con grandes arêtes de oro en las orejas: el hombre temblaba balbuciente:

—¡No fui yo! ¡No fui yo!

—¡Fuiste tú!—gritaba el esenio, golpeando con la sandalia en tierra.—¡Te conozco bien! ¡Tu madre es cardadora en Cafarnaum, y maldita sea por la leche que te dió!

El hombre retrocedía, bajando la cabeza como un animal acorralado.

—No fui yo. Yo soy Refraim, hijo de Eliesar, de Ramah. Siempre me han conocido todos sano y fuerte como la palmera nueva.

—Todo es inútil. Eres torcido, como sarmiento viejo de vid. ¡Perro, hijo de perro! Te he visto bien. Fué en Cafarnaum, en la calle donde está la fuente, al pie de la Sinagoga, donde te apareciste á Jesús, Rabí de Nazareth. Le besabas las sandalias y decías: «¡Rabí, cúrame, Rabí, mira esta mano que no puede trabajar!» Y le mostrabas esa mano, la derecha, seca, esmirriada y negra. Era el Sab-bhat; estaban los tres jefes de la Sinagoga, y Elzear y Simeón. Todos miraban á Jesús para ver si osaría curar en el día del Señor... Tú llorabas de hinojos

en el suelo. ¿Y por acaso te rechazó el Rabí? ¿Te mandó buscar la raíz del baraz? ¡Ah, perro, hijo de perro! El Rabí, indiferente á las acusaciones de la Sinagoga y sólo escuchando á su misericordia, te dijo: «¡Extiende la mano!» ¡Tocó en ella y reverdecí como la planta regada por el rocío del cielo! Estaba sana, fuerte, firme; y tú movías, ora un dedo, ora otro, espantado y temblando.

Un murmullo de arrobo corrió entre la multitud maravillada por el dulce milagro, y el esenio exclamó con los brazos trémulos en el aire:

—¡Así fué la caridad del Rabí! Y tú pudiste correr por el camino fortalecido y ágil, gritando para el lado de tu casa: «¡Oh, madre, oh, madre, estoy curado!» ¡Y fuiste tú, perro, hijo de perro, quien hace poco, en el Pretorio, pedías la cruz para el Rabí y gritabas por Bar-Abbás! No lo niegues, boca inmunda...

Algunos, escandalizados, gritaban:

—¡Maldito! ¡Maldito!

Un viejo, con justiciera gravedad, cogió dos gruesas piedras. El hombre de Cafarnaum, encogido y amedrentado, todavía rumió sorbumente:

—¡No fui yo! ¡No fui yo!... Yo soy de Ramah. Gad, furioso, le asió de las barbas:

—En ese brazo, cuando te arremangaste delante del Rabí, todos vieron dos cicatrices curvas, como dos golpes de hoz... ¡Y ahora vas á mostrarlas, perro, hijo de perro!

Le despedazó la manga de la túnica nueva; y arrastrándole en derredor, mostraba á las gentes las dos cicatrices lívidas en el vello rubio. Después, le hizo caer despreciativamente sobre la multitud, que levantando una polvareda á lo largo del camino, persiguió al hombre de Cafarnaum á pedradas.

Nos acercamos á Gad, sonriendo, alabando su fidelidad á Jesús. El, más calmado, había extendido sus manos á un vendedor de agua, que las purificaba con un largo chorro de un odre felpudo. Después, limpiándolas en la toalla de lino que se pendía del cinto, nos habló en secreto:

—¡Escuchad! José de Ramatha reclamó el cuer-

po del Rabí y el Pretor se lo concedió... Esperadme á la nona hora romana en el patio de Galiel... ¿A dónde vais?

Topsius confesó que íbamos al Templo por motivos intelectuales de arte, de arqueología.

—¡Vano es aquel que admira piedras!—murmuró el altivo idealista.

Y echándose el capuz sobre la faz, se alejó entre las bendiciones del pueblo que cree y ama á los Esenios.

*

Para llegar hasta el Templo, como quiera que la caminata á través del Tiropeo y la fuente de Xistus era larga, tomamos dos literas, de las que un liberto de Poncio ofrecía últimamente, junto al Pretorio, á la moda de Roma.

Cansado, me estiré con las manos bajo la nuca en el colchón de hojas secas. Lentamente comencé á invadirme el alma una inquietud extraña, que ya en el Pretorio me rozaba levemente como el ala asustada de un ave agorera. ¿Iba yo á quedar para siempre en aquella ciudad fuerte de los Judíos? ¿Había perdido irremediablemente mi individualidad de Raposo, de católico y de doctor para tornarme un hombre de la antigüedad clásica, contemporáneo de Tiberio? ¿Y dado aquel mirífico retroceso en los tiempos, si volviese á mi patria, qué encontraría en ella?...

Ciertamente encontraría una colonia romana: en la falda de la colina más fresca una casa de piedra habitada por el Procónsul; al lado, un templo pequeño de Apolo ó de Marte; y en lo alto, un campo atrincherado de legionarios; en redor la villa lusitana, diseminada, con sus caminos agrestes, sus cabañas de piedra sin argamasa y cobertizos para recoger el ganado. ¿Si así encontraba mi patria, qué haría allí? ¿Sería pastor en los montes? ¿Barrería el pórtico del templo? ¿Partiría leña para las cohortes, por ganar un salario romano?... ¡Misericordia incomparable!

Así me inquietaba cuando la litera paró. Descorrí las cortinas y ví ante mí los grandes sillares de la muralla del Templo. Penetramos bajo la bóveda de la puerta de Huldah. En el deslumbramiento que me produjo el Templo, me agarré al brazo esquelético del historiador de los Herodes. El oro y la nieve de los mármoles parecían vibrar en el aire tibio. Los amplios patios que por la mañana había visto desiertos, con un pavimento reluciente como el agua quieta de un lago, desaparecían ahora bajo la multitud engalanada y festiva. Los aromas mareaban, acres, emanados de las telas teñidas, de las resinas aromáticas, de las gorduras de la carne chirriando en las brasas. Sobre el denso ruido, pasaban broncos mugidos de bueyes. Constantemente los humos votivos se unían en la refulgencia del cielo...

—¡Caramba!—murmuré asombrado.—¡Aquí hay lujo!

Fuimos penetrando bajo los Pórticos de Salomón donde resonaba el profano tumulto de un mercado. Tras de grandes rejas estaban los cambistas, con una moneda de oro pendiente de la oreja, entre las melenas sórdidas, trocando el dinero sacerdotal del Templo por las monedas paganas de todas las religiones, de todas las edades, desde las macizas rodela del viejo Lacio, más pesadas que broqueles, hasta los ladrillos labrados que circulaban en las ferias de Asiria. Más allá brillaba la frescura y abundancia de un pomar; las manzanas romanas, reventando de maduras, colgaban de las ramas. Hortelanos con un ramo de mirto, preso en el turbante, pregonaban guirnalda de anémonas ó hierbas amargas de Pascua; jarros de leche pura brillaban colocados sobre sacos de lentejas; y los corderos, echados en las losas, atados por las patas á las columnas, balaban tristemente de sed.

Pero la multitud sobre todo se apiñaba, con suspiros de envidia, en torno de los tejidos y de las joyas. Mercaderes de las colonias fenicias, de las islas griegas, de Tardis, de la Mesopotamia, de Tad-

mor, unos con soberbias túnicas de lana bordada, otros con toscos tabardos de cuero pintado, desdoblaban los paños azules de Tiro, que reproducían el brillo de los cielos de Oriente, y las sedas impúdicas de Sheba, de una transparencia verde, y las telas solemnes de Babilonia que siempre me extasiaban, negras, con largas flores color de sangre... Dentro de cofres de cedro, esparcidos sobre tapetes de Galacia, relucían espejos de plata simulando la luna y sus rayos, amuletos y talismanes de turmalina que los hebreos usan en el pecho, y brazaletes de pedrería, enfilados en cuernos de antílopes.

Entramos en la galería llamada Real, toda ella consagrada á la Doctrina y á la Ley. Allí cada día cuestionaban rencorosamente Saduceos y Escribas, Soforins y Fariseos, Sectarios de Esqueimaia y Sectarios de Hilel, Juristas, Retóricos, fanáticos de toda la tierra judaica. Disputaban sobre temerosos puntos de Doctrina. ¿Se puede comer un huevo de gallina puesto un día de Sabbhat? ¿Por qué hueso de la espina dorsal comienza la Resurrección? El filósofo Topsisius reía, escondiendo la boca bajo un pliegue de su capa; pero yo temblaba cuando los doctores cadavéricos y barbudos nos miraban con ojos coléricos.

Se aproximaba la sexta hora judaica, la más grata al Señor, cuando el sol, en su marcha hacia el mar, se detiene sobre Jerusalem y la contempla con pasión. Para acercarnos al atrio de Israel, tuvimos que hacernos trabajosamente paso entre la multitud que allí se removía, llegada de toda la tierra culta y bárbara... El rudo sayo de los buhoneros de Idumea rozaba la clámide corta de los griegos rasurados, más blancos que mármoles. Había hombres solemnes de las planicies de Babilonia, con las barbas metidas dentro de sacos azules que una cinta de plata les prendía á las mitras de cuero pintado; y había gauleses rubios, de bigotes colgantes como las hierbas de sus lagunas, que reían y hablaban devorando con sus dientes las mondas de los limones de Siria. A

veces un romano togado pasaba tan grave, como si descendiese de un pedestal.

Así, lentamente, llegamos á la puerta llamada «La Bella», que daba acceso al atrio sagrado de Israel. Bella en verdad, preciosa y triunfal sobre sus cuatro gradas de mármol verde de Numidia: sus largas hojas, revestidas de chapas de plata, brillaban como un relicario. Las columnas laterales, semejantes á gruesos haces de palmas, sustentaban una torre redonda y blanca, guarnecida de los escudos tomados á los enemigos de Judá, brilladores al sol, como un collar de gloria sobre el pescuezo fuerte de un héroe. Más adelante, erguíase severo un pilar que remataba con una placa negra, donde se leía en letras de oro, esta amenaza en griego, en latín y en caldeo: «Que ningún extranjero penetre aquí bajo pena de vida.»

Afortunadamente avistamos al flaco Gamaliel, que se encaminaba al Santo patio, descalzo, apretando contra el pecho un haz de espigas votivas; con él venía un hombre risueño, de rostro encendido, coronado por una enorme mitra de lana negra, adornada con hilos de coral... Inclínados sobre las losas saludamos al austero Doctor de la Ley. El salmodió, con los párpados entornados:

—Sed bienvenidos... Esta es la hora mejor para recibir la bendición del Señor. Vosotros hoy pertenecéis milagrosamente á Israel. Subid á la morada del Eterno. Este que viene conmigo es Eliezer de Silo, benéfico y sabio, entre todos, en el conocimiento de las cosas de la naturaleza.

Nos dió dos espigas de maíz; y tras él pisamos con nuestras suelas gentílicas el Atrio interdicto de Judá.

Caminando á mi lado, Eliezer de Silo, cortés y suave, preguntó si era remota mi patria y peligrosos los caminos...

Yo murmuré recatadamente:

—Sí... Venimos de Jericó.

—¿Es buena por allá la cosecha de bálsamo?

—Sí, admirable,—afirmé con calor.—Alabado sea el Eterno, porque en este su año de gracia, lo

que es de bálsamo estamos allá como queremos.

El pareció regocijado. Entonces me refirió que era uno de los médicos que residen en el Templo, donde los sacerdotes sufren con frecuencia disturbios intestinales por pisar sudados y descalzos las losas frías de los atrios.

—Por eso—murmuró él con una chispa alegre en los ojos,—el pueblo de Israel nos llama siempre *Doctores de la Tripa*.

Me reí á carcajadas de aquella jocosidad así murmurada en la austera morada del Eterno... Después, recordando mis molestias intestinales de Jericó, por amar demasiado los divinos y pérfidos melones de Siria, pregunté al amable físico si en tales casos preconizaba el bismuto...

El sabio movió cautamente su mitra. Después, clavando un dedo en el aire, me dijo en secreto esta receta incomparable:

—Tómese goma de Alejandría, azafrán del jardín, una cebolla de Persia y vino negro de Emaus... Se mezcla, se cuece... Se deja enfriar en un vaso de plata... Se coloca el enfermo en una encrucijada, al nacer el sol...

Enmudeció súbitamente con los brazos abiertos y el rostro inclinado al suelo. Habíamos penetrado en el soberbio atrio llamado Patio de las Mujeres: en aquel instante terminaban las bendiciones que á sexta hora un sacerdote va á echar sobre el pueblo desde lo alto de la puerta de Nicanor. Severa, toda de bronce, con sus dos hojas abiertas, la puerta dejaba entrever allá al fondo los oros, la nieve y la pedrería del santuario refulgiendo con serenidad. Por las gradas más lustrosas que alabastros, se tendían dos filas de Levitas arrodillados y vestidos de blanco. Por entre aquellos hombres postrados, descendía lentamente un anciano con un incensario de oro en las manos... Su túnica tenía la cimbra orlada de esmeraldas: los pies, sin sandalias y teñidos de rojo, parecían de coral: en el centro de la faja que le ceñía la cintura brillaba bordado en oro un gran sol. Con la barba aguda y dura alzada al cielo, el viejo incensó el lado de Oriente y de las

arenas, después, el lado de Occidente y de los mares; el recogimiento era tan elevado que se oía en el fondo del santuario el lento mugido de los bueyes. Descendió más; alzó la mitra salpicada de joyas, y movió el incensario que brilló al sol: con el humo blanco, pareció extenderse tenue y fragante, sobre Israel, la bendición del Muy Fuerte. Entonces, los Levitas, unisonamente hirieron las cuerdas de sus liras. Todo el pueblo erguido, con los brazos alzados al cielo, entonó un salmo celebrando la eternidad de Judá... Súbitamente, todo cesó; los Levitas descendían por la gradería de mármol sin un rumor de sus pies desnudos; Eliezer de Silo y el rígido Gamaliel habían desaparecido bajo los Pórticos; en redor, el claro patio resplandecía lleno de mujeres. Pronto mis ojos dejaron de admirar mármoles y bronces para quedar cautivos, fijos en aquellas hijas de Jerusalem, llenas de gracia y morenas como las tiendas de Cedar. Todas llevaban en el Templo el rostro cubierto. Apenas un ligero velo á la moda romana, envuelto delicadamente al turbante, ponía en torno de los rostros una albura de espuma donde los negros ojos adquirían un encanto húmedo y amoroso, enlanguecidos por las negras pestañas alargadas por la tintura de cipro. La abundancia bárbara del oro y de las pedrerías envolvíalas en un resplandor trémulo, desde los pechos fuertes hasta los cabellos más frescos que la lana de Galaad. Las sandalias bordadas sonaban sobre las losas con una melodía argentina. Las más ricas caminaban solemnemente entre esclavas vestidas de paños amarillos, que sostenían el parasol de plumas de pavo real. Las más pobres, con una sencilla camisa de algodón multicolor, y sin más joyas que un rudo talismán de coral, corrían, charlaban, mostrando desnudos los brazos y el cuello dorados por el sol como un fruto sabroso. Sobre todas revoloteaba mi deseo, como una abeja que duda entre flores de igual naturaleza, Tirándole de las mangas á Topsisus murmuré:

—¡Ah, Topsisus, Topsisus, qué mujeres! ¡Las hay que roban el sentido!

El sabio afirmaba con desdén que aquellas mujeres no tenían más intelectualidad que los pavos reales del jardín de Antipas. Lo probable era que ninguna hubiese leído á Sófocles y Aristóteles... Al oírle, yo me encogía de hombros. ¡Oh, esplendor de los cielos! ¡Por cuántas de aquellas mujeres que no leyeran á Sófocles no diera yo una ciudad de Italia y toda Siberia, á poder tanto como César! Unas me asombraban por su gracia de vírgenes devotas que vivían en la penumbra constante de sus estancias de cedro, con el cuerpo saturado de perfumes y el alma henchida de oraciones. Otras me deslumbraban por la suntuosidad sólida y apetitosa de su belleza. ¡Qué rasgados y negros ojos de ídolos! ¡Qué blancos y soberanos brazos de mármol! ¡Qué magníficas desnudeces, cuando al borde de sus lechos bajos soltasen los cabellos pesados y resbalasen dulcemente los velos y los linos de Galacia!...

Fué necesario que Topsisus, tirándome del alboroz, me arrastrase hacia la puerta de Nicanor.

¡Ay, hijas de Sion, sois capaces de trastornar á cualquiera!

Al volverme, empujado por el docto historiador, di de narices contra un cordero blanco que un viejo conducía al hombro, sujeto por las patas y adornado de rosas. Delante de nosotros alzábase una larga balaustrada de cedro labrado.

—Aquí—dijo el erudito Topsisus—es donde se dan á beber las aguas amargas á las mujeres adulteras... Y ahora, don Raposo, ahí tienes á Israel adorando á su Dios.

¡Era el Atrio sacerdotal! Yo sentí un estremecimiento ante aquel santuario, entre todos suntuoso y deslumbrante. En medio alzábase, construído con enormes piedras negras, el altar de los Holocaustos. A cada lado enriestrábase un cuerno de bronce: del uno pendían guirnaldas de lirios, del otro hilos de corales, del otro goteaba sangre. Del centro del altar elevábase una humare-

da rojiza y lenta: en derredor se agrupaban los sacrificadores, descalzos y vestidos de blanco, con horquillas de bronce en las manos, pálidas, pinchos de plata y largos cuchillos sujetos en los cintos color de cielo... En el afanoso y severo rumor del ceremonial sacrosanto se confundía el balar de los corderos y el son argentino de los platos, el crepitar de la leña y el golpe sordo de los mazos, el cantar lento del agua en los tazones de mármol y el estridor de las bocinas. A pesar de los aromas que ardían en pebeteros de bronce y de los largos abanicos de palma con que los siervos del Templo agitaban el aire, yo tuve que llevarme el pañuelo á las narices molestado por aquel olor de carne cruda, de sangre, de gorduras fritas y de azafrán, que el Señor reclamó á Moisés como el don más preciado que puede recibir de la tierra...

En el fondo, bueyes adornados de flores y terneras blancas con los cuernos dorados sacudían mugiendo las cuerdas que los sujetaban á fuertes argollas de bronce; más lejos, sobre mesas de mármol, se veían, bermejos y sangrientos, grandes trozos de carne sobre los cuales balanceaban los Levitas abanicos de plumas para ahuyentar las moscas. De columnas rematadas por brillantes globos de cristal pendían corderos muertos que los Nethenims desollaban con cuchillos de plata. Coronados por una mitra redonda de metal, esclavos idumeos limpiaban constantemente las losas con esponjas.

A cada momento algún viejo sacrificador, descalzo, dirigíase al altar llevando en alto un cordero tierno que no balaba, contento y abrigado entre los dos brazos desnudos: un tañedor de lira le precedía; detrás, los Levitas conducían jarros de aceites aromáticos. Frente al ara, rodeado de acólitos, el sacrificador lanzaba sobre el cordero un puñado de sal; después, salmodiando, le cortaba un mechón de lana entre los cuernos. Las bocinas resonaban; un grito del animal herido se perdía en el tumulto sagrado; por encima de las tiaras

blancas, dos manos bermejas se alzaban en el aire, sacudiendo la sangre; del fondo del altar resaltaba, avivada por los aceites y las gorduras, una llama de alegría y de oferta; y el humo rojizo y lento ascendía serenamente al azul, llevando en sus nubes el aroma que deleita al Eterno.

—Esto es un matadero—murmuré yo aturdido.— Esto es un matadero. Amigo Topsisus, vámonos allá, adonde estaban las mujeres...

El sabio miró al sol. Después, gravemente, apoyando en mi hombro su mano amiga, murmuró:

—Es casi la nona hora, don Raposo... Tenemos que ir fuera de la puerta Judiciaria, más allá del Gareb, á un sitio agreste que se llama el Calvario.

Palidecí. Me parecía que ninguna ventaja espiritual obtendría mi alma, y que ninguna inesperada adquisición enriquecería el saber de Topsisus por irnos á contemplar en lo alto de un cerro, entre tojos y zarzas, á Jesús de Nazareth atado á un madero y sufriendo; aquello solamente sería un tormento para nuestra sensibilidad. Pero seguí sumiso á mi sabio amigo. Al penetrar en una sórdida y andrajosa calle que se retorció bajo viejos toldos de esparto, me volví hacia el Templo; desde allí sólo se veía la muralla de granito sombría y formidable. Aquella arrogancia de su eternidad, llenó de cólera mi corazón. Mientras sobre una colina destinada á los esclavos, el hombre de Galilea, el incomparable amigo de los hombres, agonizaba en su cruz y se apagaba para siempre aquella pura voz de amor y espiritualidad, el Templo que lo mataba permanecía allí, rutilante y triunfal, con el balar de sus ganados y el murmullo de sus sofismas, con la usura bajo los Pórticos y la sangre sobre las Aras, con la iniquidad de su duro orgullo y la inoportunidad de su perenne incienso... Entonces, con los dientes cerrados, mostré el puño á Jehová y á su ciudadela.

—¡Arrasados seáis!



No volví á abrir mis labios secos hasta llegar á la estrecha puerta de las murallas de Ezekiah, que los romanos denominaban *Judiciaria*. Estremecíme allí al ver colgado en un pilar de piedra un pergamino con tres sentencias transcritas: «La de un ladrón de Bettebara, la de un asesino de Emath y la de Jesús de Galilea». El escriba del Sanhedrín que conforme á la ley allí vigilara para recoger, hasta que los condenados pasasen, algún inesperado testimonio de inculpabilidad, iba á parlar con sus tabularios bajo el brazo, después de trazar sobre cada sentencia una gruesa rúbrica bermeja. Y aquella plumada final, trazada aprisa por un escriturario que regresaba contento á su morada para comer el cordero de Pascua, me conmovió más que la melancolía de los libros Santos.

Vallados de cactus en flor bordeaban el camino. Ante nuestros ojos se extendían verdes oteros donde muros de piedra, vestidos de zarza rosa, limitaban los huertos. Todo allí resplandecía festivo y pacífico. A la sombra de los pilares de las parras algunas mujeres hilaban. En derredor jugaban los hijos pequeños con el cuello cargado de amuletos de coral... Por el camino descendía una recua de lentos dromedarios, que conducían mercancías para Joppé. Delante de nosotros caminaba lentamente, apoyándose en el hombro de un niño que le guiaba, un viejo pobre, de luengas barbas, que llevaba colgada del cinto la lira griega de cinco cuerdas y sobre la frente una corona de laurel. Delante de una cancela pintada de rojo que se abría en un muro blanco, dos siervos esperaban sentados en un tronco con los ojos bajos y las manos sobre las rodillas. Topsisus se detuvo tirándome del alboroz:

—Decid, ¿es este el huerto de José de Ramaha, un amigo de Jesús, miembro del Sanhedrín, hombre de espíritu inquieto, que se inclinaba hacia el partido de los Esenios?... ¡Pero ahí viene Gad!

Del fondo del huerto, por una calle de mirtos y rosas descendía Gad corriendo con una cuerda